

LETRAS

LETRILLAS

L&TRONES

70

LETRAS LIBRES
DICIEMBRE 2011

ELECCIONES

LA VICTORIA Y LA RESACA

✎ DANIEL GASCÓN

El 20 de noviembre el Partido Popular obtuvo el mejor resultado electoral de su historia. La formación liderada por Mariano Rajoy tiene 186 escaños en el Congreso de los Diputados y goza del mayor grado de poder del actual periodo democrático. En algunos sentidos, es un regalo envenenado. Hereda cinco millones de parados, una situación de emergencia económica y una ciudadanía dominada por el desánimo. Aunque su campaña ha sido deliberadamente opaca, para cumplir los objetivos de reducción del déficit tendrá que realizar recortes impopulares. Pero tiene la oportunidad y la responsabilidad de realizar reformas económicas que lleven al país a retomar el camino del crecimiento. El PP gobierna en once de las diecisiete autonomías –probablemente, pronto se sumará Andalucía–, y eso debería facilitarle afrontar los problemas de financiación autonómica, así como replantear aspectos de servicios transferidos. Con la tasa de desempleo más alta del mundo industrializado y la mitad de los menores de treinta años sin

trabajo, debe modernizar la legislación laboral española, que crea un sistema de dos vías –la de los contratos fijos y los temporales–, dificulta la contratación y produce una elevada tasa de paro estructural, que se dispara cada vez que se produce una crisis económica. La educación debe garantizar la movilidad social, pero hay mucho que corregir, entre otras cosas porque está demostrado que una buena educación mejora el crecimiento: nuestra media de estudiantes con puntuación alta en el informe PISA está por debajo de la de la OCDE (3,4% frente al 7,6%, que es la cifra de

Alemania, mientras que el Reino Unido tiene el 8% y Francia el 9,6%). El nuevo gobierno también debe adelgazar los trámites administrativos: según el Banco Mundial, hay 132 países en el mundo en los que es más fácil montar un negocio que en España. Y, para que lo podamos mantener, el Estado del bienestar debe afrontar los cambios demográficos.

El PP debe tener la valentía de hacer esas reformas, que pueden desencadenar protestas sociales y sindicales, y también debe tener la fortaleza de resistir frente al sector más conservador de sus votantes, o a las presiones más ultramontanas de la iglesia católica. La magnitud de su victoria y la dificultad de la situación deberían ayudarle. Aunque el PP recoge los votos de un espectro que va desde el centro liberal a la extrema derecha, uno de los méritos de Mariano Rajoy ha sido rodearse de un equipo solvente y moderado, que también es representativo de algunos cambios de la sociedad española. Sin duda, la gestión de la crisis del gobierno encabezado por José Luis Rodríguez Zapatero fue desastrosa. Decretó medidas populistas, negó la crisis, la minimizó y, aunque realizó reformas cuando se vio obligado a hacerlas, las hizo sin convicción y sin saber explicarlas. Pero el PP no debería renunciar a ciertos avances. Aunque a menudo



+Rajoy y las reformas necesarias.

la ejecución estuvo por debajo de las intenciones y la propaganda, la dependencia es un asunto importante en una nación envejecida, no podemos ignorar las cuestiones de género, la televisión pública debería aspirar a la objetividad y la transparencia, y un país serio no debería tener muertos en las cunetas. Uno de los errores de estos años —y el PP comparte la responsabilidad— ha sido convertir todo eso en temas ideológicos y divisivos. Pero también se han producido progresos en los derechos civiles, como la ley del matrimonio homosexual, recurrida ante el Tribunal Constitucional. Una de las cosas que han paliado los efectos de la crisis en nuestro país es la fortaleza de las familias, que llegan donde el Estado no puede llegar. El matrimonio gay goza de aceptación social y no socava las instituciones de la familia y el matrimonio. Al contrario, además de igualar una forma de amor, es el reconocimiento de la potencia de esa idea familiar, que ahora se ve enriquecida porque existen otros tipos de familia. A veces se esgrime el argumento etimológico—el matrimonio es la unión de un hombre y una mujer—, que es pura sofistería y lleva en sí su propia negación: si algo nos enseña el estudio de la etimología es que el significado de las palabras cambia con el tiempo. Tampoco tiene sentido cambiar la ley de interrupción voluntaria del embarazo. La cuestión no es si uno está a favor o en contra del aborto —se van a producir inevitablemente—, sino si pensamos que una mujer debería ir a la cárcel por abortar. La ley reconoce como un derecho el aborto libre hasta las catorce semanas y en algunos aspectos es más restrictiva que la normativa anterior, que el PP no tocó en su tiempo en el gobierno. Desde que está en vigor, se han producido menos abortos (no solo por la ley, sino a causa de métodos anticonceptivos como la píldora del día después, que desde 2009 se puede adquirir sin receta en farmacias). Uno de sus

aspectos más polémicos es que permite que las chicas de dieciséis años puedan interrumpir su embarazo, siguiendo la Ley de Autonomía del Paciente, que estableció en los dieciséis la mayoría de edad sanitaria en 2002. De forma un tanto innecesaria, la legislación del aborto obliga a las menores a informar a los padres, salvo en los casos excepcionales en los que esa decisión suponga un riesgo para ellas. Quizá resulte incómodo que una menor pueda tomar esa decisión, pero no parece mucho mejor que sus padres puedan obligarla a tener un hijo.

En campaña, Rajoy especuló con cambiar la ley que desde enero de 2010 prohíbe fumar en los espacios públicos. El PSOE cometió errores: la normativa de 2006 era más permisiva y para adecuarse a ella muchos hosteleros realizaron reformas en sus locales, creando una zona de no fumadores y otra de fumadores. Pero la nueva ley, que ha sido admitida, con la excepción de algunos hosteleros y algunos filólogos, y no impide que nadie fume, ha mejorado la atmósfera de los bares y los restaurantes, y es similar a las de los países de nuestro entorno. Hay que hacer un esfuerzo de voluntarismo para creer la retórica de “una gran nación” de Mariano Rajoy. Pero resulta aún más difícil pensar que, para llegar a serlo, España deba tener los suelos de los bares llenos de colillas.

Desde el proceso para acabar definitivamente con el terrorismo de ETA al paro, pasando por los problemas del euro y el lugar de España en la UE, parece que el nuevo gobierno tiene problemas demasiado importantes como para revocar el matrimonio homosexual o la ley del aborto. Sería una maniobra de distracción destinada a convencer a los más radicales de sus filas y supondría un retroceso general. Tanto en los aspectos sociales como económicos, sería mejor que el gobierno buscara dar a los ciudadanos más libertad y responsabilidad, y no menos. —



✦ Charles Dickens (1812-1870).

ANIVERSARIO

DICKENS Y UN CUENTO TRISTE PARA LA NAVIDAD

✦ HERNÁN LARA ZAVALA

La relación que existe entre el goce de la época navideña simultáneo al sentimiento de tristeza y nostalgia que embarga a tantos durante esas festividades se remonta, en la literatura inglesa, a la emblemática figura de William Shakespeare. Él tiene dos obras, *Noche de Reyes*, graciosa comedia de enredos cuyo tema es la cura de las cuitas de amor del duque de Orsino enamorado de lady Olivia, escrita para celebrar el advenimiento de los Reyes Magos, y *El cuento de invierno*, acaso más importante, en donde se invoca la famosa frase “A sad tale’s best for winter” (“Nada mejor que un cuento triste para el invierno”), y en el que se insinúa sutilmente que la anécdota debe poseer un cierto elemento fantástico que aluda a duendes o fantasmas.

Los ingleses cultivan la tradición del cuento navideño como parte de un ritual literario en el que de algún modo deben estar mezcladas la nostalgia y la melancolía, el júbilo y la tristeza, la generosidad y la caridad, la compasión y el amor, la aceptación y la resignación, el

calor de la familia con el frío invernal, y donde deben reinar la fantasía, el espíritu amable, la imaginación, lo inesperado, así como la sensación de pérdida de un año que culmina y de optimismo por otro que inicia.

Y el escritor que mejor representa el espíritu navideño dentro de la tradición literaria inglesa es, sin duda, Charles Dickens —la figura más importante después de Shakespeare—, creador de un rico y vasto universo narrativo poblado de excéntricos, complejos, ambiguos y simpáticos personajes, y cuyo bicentenario se celebrará el próximo mes de febrero.

Contrario a lo que parecería al leer sus novelas, Dickens no fue huérfano. No obstante padeció un penoso incidente que dio al traste con su promisorio e idílica infancia: a los doce años se vio forzado a trabajar todo el día en una oscura bodega húmeda, sucia e infestada de ratas pegando etiquetas para sostener a la familia, pues su padre se encontraba preso en la cárcel de Marshalsea a causa de sus muchas deudas. Esta experiencia, que duró tan solo seis meses, lo marcó de por vida y le causó un trauma y una desolación de las que se intentó reponer mediante la creación de sus novelas, donde varios de los protagonistas son huérfanos abandonados a un incierto destino. Dickens llevaba dentro de sí a un niño resentido y tal vez por ello varios de sus personajes oscilan, en opinión de Edmund Wilson, entre el criminal y el rebelde. Inconforme ante la sociedad, violento frente a la ley, Dickens evoca de modo subliminal y a manera de catarsis los pesares y abusos que tuvo que soportar al fin de su infancia. Pero también, y eso lo reivindica, era un extraordinario humorista que tenía la capacidad de observar y mofarse de la sociedad victoriana a través de sus pintorescos personajes. “Hazlos reír, hazlos llorar, hazlos esperar” era la receta de la novela victoriana de folletín que Dickens ejerció como ningún otro escritor y que manejó con gran dignidad artística. Sus novelas abundan

en personajes memorables e imperecederos que él inserta dentro de tramas un tanto melodramáticas pero no por ello carentes de profundidad, interés y suspenso. Pero son solo dos, me parece, los protagonistas a los que logró elevar a nivel de gran mito: Miss Havisham de *Grandes esperanzas* y Scrooge de *Un cuento de Navidad*. La primera es la imagen de la mujer que se vuelve loca cuando la dejan “vestida y alborotada” el día de su boda; el segundo la del rico y viejo avaro que se niega a compartir el espíritu generoso de las Navidades hasta que se le aparece el fantasma de su difunto socio para reconvenirlo.

Un cuento de Navidad, como se conoce en español *A Christmas Carol*, es la más conocida de las tres historias que escribiera Dickens sobre el tema porque es la que mejor refleja la esencia del espíritu navideño: a través del fantasma de su socio y de los tres fantasmas de la Navidad la conducta avara, amarga y egoísta de Scrooge se modifica y el cuento termina con las palabras de Tiny Tim: “Dios nos bendiga a todos.” Pero Dickens escribió otros dos relatos, *Las campanas* (*The Chimes*), en donde aparece un duende que anuncia el advenimiento del año nuevo mediante las campanas que parecen decir “Que cada año sea más feliz que el anterior”, y *El grillo en el hogar* (*The Cricket on the Hearth*) que, sin fantasmas ni duendes, habla del sentimiento de fe y amor que deben privar durante las fiestas de fin de año.

Los autores de habla inglesa han seguido cultivando este tipo de relato como parte de una tradición convertida ya en un género, publicado normalmente durante el mes de diciembre para deleite y esparcimiento de los lectores. Entre los más famosos y citados están el de O. Henry titulado *El regalo de los magos* (*The Gift of the Magi*), *Un recuerdo navideño* (*A Christmas Memory*) de Truman Capote y *Otra Navidad* (*Another Christmas*) de William Trevor, para mencionar tan solo tres ejemplos ilustres entre muchos.



Fotografía: Valentina Sinigoi

+Tomás Segovia (1927-2011).

MEDJOS Y POESÍA HÉROES AUSENTES Y OTROS EFECTOS

INESPERADOS DE LA LECTURA

✎ PEDRO SORELA

Dos bandos se enfrentan en este mundo resumido: los que dicen que no leemos y los que dicen que más que nunca. Los primeros evocamos los veranos que duraban años de nuestra infancia, con tiempo para la playa y toda la obra de Julio Verne. Y los otros enarbolan las cifras de venta de muchachas incendiarias que Baroja y Unamuno, en un tiempo analfabeto y dolorido, no podían sospechar. Y además muestran magias que ni siquiera Verne imaginó. Solo Jobs.

“Aquí caben cien bibliotecas de Alejandría”, dicen mostrando un teléfono astuto, “y pesa lo que un canapé”. Cierto, y viva Jobs, nuestro Verne. “Y en el futuro, solo leerán en papel los monárquicos y los arqueólogos, y las librerías serán tiendas para regalos. Todo el saber estará a dos clics, y nos podremos bajar los planes de urbanización de Saturno.”

Bien, todo cierto, y para certificarlo nace ante nuestros ojos una nueva especie de humanos con el primer órgano añadido desde las uñas. Una extensión del brazo que hace que la gente se sienta informada porque ha leído cuatro tuits indignados y cinco titulares. Pero hace tiempo que detecté que la lectura es uno de los pocos terrenos que deben de quedar escurridizos a los números. La arriesgada idea de que la verdad está solo en las cifras tiene unos cuatro siglos, y no será necesario recordar a los que situaron el saber en el cajón de al lado. Así que quizá no importe tanto cuánto se venda —un impuesto surgido cuando se descubrió que la cultura podía dar dinero— sino *qué* se lee, se escucha y ve.

Por ejemplo, yo descubrí que la no lectura, o la lectura de libros literales, como los telefilmes, sin la menor metáfora ni idea, tiene por efecto que mucha gente ya no sabe lo que es un héroe y, quizá peor, no sabe llorarle. Fue a raíz de la muerte inesperada de un periodista. En los días siguientes comprobé que habíamos encerrado al muerto en la postal del reportero con chaleco de pescador atrapado en un lejano conflicto salvaje. Lenguaje rudo de *La tribu* y whisky sin hielo en el “hotel de los periodistas” (!) mientras afuera un enemigo de barba oscura se carga algún patrimonio de la humanidad. Y todo para salvaguardar el derecho a la información y nuestra superioridad civilizante.

Hasta ahí lo previsto. Pero es que además no sabíamos llorarle. No sabía su periódico, con el viejísimo editorial-orquesta municipal pero hueco como el confeti de la Nochevieja, y no sabían ni su novia, con un artículo lleno de lugares comunes, ni los lectores... ni los jóvenes que, cuando les hablé del duelo por los héroes, me respondieron que, para dolor, el dolor de muelas, de parto o el de los ligamentos cruzados que alcanza a los futbolistas y hace que lloren sobre el césped.

Eso me preocupó. Soy tan antiguo que estudié la *Ilíada* o *La canción de Rolando* en clase, y tiendo a creer que una civilización que no sabe llorar a los héroes es menos civilización. Lo que confirmé luego en Taiwán y en China: en la literatura más antigua de la Tierra, el llanto por los héroes muertos es el género de no pocas de las obras que los chinos leen para sentirse aún “el país del centro”.

Esa experiencia del héroe ausente me reveló una de las enfermedades que produce la lectura irrelevante, y que parece una tontería pero puede llegar a ser muy grave y hasta letal: la literalidad. Un héroe es una metáfora, y hay que tener cierta imaginación y haber leído y tener los ojos aguzados para verle el aura e intuir su trascendencia. Y no ver a los héroes cuando mueren es una forma de no ver la belleza, algo que los griegos consideraban una enfermedad y Chesterton diagnosticó como prueba terminal de que esa enfermedad es la de los mediocres.

No he podido dejar de pensar en todo esto cuando, no sin asombro pese a que ya tengo cierto callo en los ojos, he comprobado el trato dispensado a Tomás Segovia tras su muerte. En España, pues en México ha sido un luto nacional. Aquí, con la excepción de dos precisas crónicas de Rodríguez Marcos en *El País*, se ha etiquetado a Tomás Segovia como un “poeta valenciano”, siendo así que él relativizó las patrias toda su vida e hizo bromas sobre el azar de su nacimiento —su madre sevillana se encontraba de paso en Valencia—, o se le ha ignorado por completo, con osada ignorancia, como es el caso de TVE y sospecho que también las otras televisiones: un prejuicio, cierto, pero también un síntoma. Está claro que no leen poesía (ni pensamiento), o quizá se hacían un lío con las *identidades*, visto que Tomás se sentía en su casa en España y México, donde permaneció exiliado todo el franquismo tras haber emigrado allí niño, hijo de republicanos. Cuando aludí una vez

a la dificultad de todos para ubicarle en uno de los dos sitios, me contestó: “Ese es problema de los demás, no mío.” Ahora ya no hay problema, un académico lo ha etiquetado ya como un “poeta de ambas orillas”. (¿No hay un *lenguaje realacadémico*? Qué tema para una tesina...)

Tomás Segovia murió la víspera del día en que TVE no solo dedicó buena parte de los telediaros a refritar el debate del día anterior, previsible de comienzo a fin como si políticos —y periodistas— interpretasen una partitura, sino que le dieron un espacio que parecía un sarcasmo a la muerte de un boxeador que una vez tumbó a Cassius Clay. Además se felicitaron mucho por no sé qué premios que los periodistas se habían repartido el día anterior, sin saber que justo ese día los telediaros españoles estaban añadiendo un capítulo a la gran crónica de la ignorancia y miopía periodísticas. Pero no creo que nadie dimita. Ni siquiera creo que nadie se vaya a dar por aludido.

Él se habría reído, seguro, pues sus opiniones sobre los medios eran fatalistas. Siempre he tomado por un mal síntoma que un escritor pierda el tiempo comentando lo que hace o deja de hacer la televisión, pero en mi opinión la marginación de la noticia de esta muerte es algo que sobrepasa la consabida banalidad posmoderna y entra en algo más. Qué diablos, Tomás Segovia no era solo un gran pensador y poeta —uno de los tres o cuatro de la punta, si así se midiera la poesía, que no se mide—, sino historia ambulante del siglo xx, español y americano, la oportunidad de pagar un poco de la deuda que este país tiene con la memoria del exilio (él se negaba esa condición, o mejor dicho, a usarla), y una encarnación de ese raro escritor en quien vida y obra se confunden, requisito, según Stendhal, para la obra maestra. Era ante todo un hombre libre, o algo muy parecido, y eso suele irritar, pues escapa del lenguaje en cápsulas y obliga a pensar. O sea que

tiene que ver, quién lo diría, con el hecho de no leer poesía, metáforas, leer de pie; o no leer nada, quedarse sentado para escuchar historias ya mascadas por alguien para aligerarlas y que contribuyan a apagar cualquier fuego. De esas que llenan los telediaros.

Puede que todo esto recuerde tan solo que la televisión no tiene nada que hacer con los poetas, o al revés. Puede incluso que sea un anuncio de que al fin los escritores van a dejar de estar medio sobornados por la industria, las banderas, el entusiasmo sin lectores, y vuelvan a la sombra y la minoría, el extrarradio donde se encontraba el teatro de Shakespeare, su lugar natural desde siempre. No sería mala noticia. Pero de todas las señales inquietantes que se producen en España, esta es de las que a mí más me ha alarmado. Pues la literalidad es síntoma de una imaginación enferma. Y la imaginación es una de las condiciones de la libertad. —

MÚSICA

MARIO PACHECO, EN EL CORAZÓN DEL SUEÑO

ENRIQUE HELGUERA

DE LA VILLA

A finales de noviembre de 2010, a los sesenta años —definitivamente demasiado pronto—, fallecía en Madrid Mario Pacheco, fotógrafo, productor y director del sello discográfico Nuevos Medios pero, sobre todo, apasionado impulsor del “nuevo flamenco” desde los años ochenta y gran divulgador de las músicas del mundo, cuyo catálogo incluía no pocos discos mexicanos, como el último de Chavela Vargas (*¡Por mi culpa!*), la excelente recopilación de Guty Cárdenas o las modernas y vibrantes tendencias electrolatinas de Acid Cabaret o del Instituto Mexicano del Sonido.

Delgado, fibroso, no muy alto, de una suavidad inolvidable en



Fotografía: Mario Pacheco

+La leyenda del tiempo, niebla y ruptura

el trato y en la voz, con una mirada azul intensa y una curiosidad musical sin límites, lo encontrabas diariamente en el despacho de la discográfica hasta poco antes del fatal desenlace, con el mismo entusiasmo del primer día y hablando siempre de los proyectos por venir. Era, rotundamente, un hombre de futuro y daba la sensación, durante la última temporada, de que el cáncer que padecía desde hacía años lo había dejado por imposible y había migrado hacia cuerpos y espíritus más dóciles. Volvamos sobre sus pasos perdidos.

Con poco más de veinte años escapó del asfixiante clima de la España franquista en los setenta y aterrizó en Londres, con su Rollei-flex al hombro, justo a tiempo para fotografiar a Jimi Hendrix en el concierto de la Isla de Wight, mientras intentaba sobrevivir limpiando oficinas y abrirse camino como reportero gráfico. De vuelta a una España que comenzaba a oxigenarse, fichó por Edigsa, la discográfica barcelonesa que promovía la “nova canço” catalana de Joan Manuel Serrat, Lluís Llach, María del Mar Bonet,

Raimon y tantos más. Con ellos hizo su primera y disparatada producción, el disco de Pau Riba *Jo, la donya i el gripau*, en el que, además, tocaba bongos y maracas. Luego seguiría la imprescindible banda sonora del documental *Canciones para después de una guerra* (1976) de Basilio Martín Patiño. Por aquel entonces también organizó el Departamento internacional de Edigsa, licenciando sellos tan improbables como Sono Cairo, de forma que los discos de la inmensa cantante egipcia Oum Kalsoum aparecieron editados en España, para nuestra estupefacción y deleite, con notas en las contraportadas de Juan Goytisolo y Eduardo Haro Ibars. En paralelo continuó con la fotografía, bien para publicaciones como *El Viejo Topo*, bien para las cubiertas del segundo disco de los jovencísimos Lole y Manuel y para el monumental *Homenaje a Antonio Chacón* (1977) de Enrique Morente y Pepe Habichuela.

El azar o los dioses han sido justos, retrospectivamente, con su pasión flamenca pues la cubierta del disco seminal del nuevo flamenco, *La leyenda del tiempo* (1979) de

Camarón de la Isla, es una fotografía suya, que muestra al cantaor de perfil a contraluz, con el cigarro en la boca bajo una neblina grisácea, planteamiento que rompía estéticamente, de forma frontal y definitiva, con el diseño rancio y ortodoxo de las portadas de discos de flamenco. Aunque en los créditos del disco, cosas de la época, no apareciera como autor.

Creó Nuevos Medios en 1982, junto a su pareja y compañera Cucha Salazar, ya desaparecida, y el hermano de esta, Paco Salazar. Lo demás es historia de la música popular española, cuyo comienzo, con el llamativo y misterioso logo diseñado por el pintor catalán Joan Miró, solo hacía presagiar buenos augurios. Su primer disco, el invendible *Coplas retrógradas* del cantautor Chicho Sánchez Ferlosio, ya apuntaba lo que serían la seña de identidad del sello, decididamente ecléctico, abierto o directamente caótico, pues los únicos requisitos para editar o distribuir un disco eran siempre la calidad y la originalidad de la propuesta.

En el segmento del nuevo flamenco impulsó las carreras de muchos jóvenes (que más tarde ficharían por las multinacionales) con discos esenciales como *Blues de la frontera* (1987) de Pata Negra o el momento exacto en el que el flamenco se electrocutó con el rock; *Songhai I* (1988) y *Songhai II* (1991) de Ketama –con Toumani Diabaté a la kora– o el primer mestizaje del flamenco con África, que llegó mucho antes de Ry Cooder y sus numerosos *crossover*; *El que no corre vuela* (1991) de Ray Heredia o el cruce del flamenco por el pop; *Veloz bacia su sino* (1993) de Jorge Pardo o el denso trenzado de jazz y flamenco; *Negra, si tú superas* (1992) de Enrique Morente o el encuentro flamenco con Nicolás Guillén y el son cubano; *Yerbagüena* (2001) del guitarrista Pepe Habichuela con la Bollywood String Band o el retorno del flamenco hacia Oriente... y muchos, muchos más: *Juego de niños* (1986) del guita-

rrista Rafael Riqueni; *Túmbanos si puedes* de La Barbería del Sur (1995), y otros tantos discos soberbios de Diego Carrasco, La Macanita, Kiko Veneno o Martirio. “La Motown del flamenco”, como él mismo la autodefinía, continuó fabricando arte jondo hasta el último suspiro: José el Francés, Son de la Frontera, Miguel Poveda (*Viento del este*), Mayte Martín (*Al cantar a Manuel*) y, en su último año, 2010, el cuarteto femenino Las Migas y su espléndido disco de debut, *Reinas del Matute*.

Pero es que también editó en los ochenta discos de grupos de la movida madrileña, como La Mode, Golpes Bajos o Kiki d'Áki, así como de jazz, comenzando por el legendario *Tete en el San Juan* del pianista Tete Montoliu o los que impulsaron las carreras de Chano Domínguez, Carles Benavent, Rubem Dantas, Tino Di Geraldo y esa corriente que ha entreverado de manera definitiva y fructífera el flamenco con el jazz. Finalmente su catálogo de músicas del mundo intentaba abarcar todo el espacio sónico que existe desde Chabuca Granda y Bola de Nieve hasta Ali Farka Touré. Además de la producción discográfica, su compañía luchó, desde el primer momento, por la distribución de los más destacados sellos extranjeros, lo que contribuyó a que fluyera a España de forma continua un caudal torrencial de música de calidad que elevó el nivel cultural sonoro de la población: lo mejor del mejor jazz (ECM, Dreyfuss, Pablo, Fantasy) y la música latina (Discos Fuentes y Fania), el rock de The Smiths, Joy Division y New Order (Rough Trade y otras), el soul de la discográfica Stax, etc. Tenía tal intuición musical que Nuevos Medios fue, también, la primera discográfica del país que editó un disco de hip hop, el prehistórico recopilatorio titulado *Lo llaman breakdance*. Con su fallecimiento ha desaparecido una figura absolutamente clave en el devenir de la música en España, y que asumía su trabajo –como fotógrafo que era– de forma silenciosa

y anónima: él se quedaba siempre al margen, fuera del enorme campo de visión musical que nos mostró.

Como se lamentaba Diego Manrique, en una de sus colaboraciones para *El País*, justo en el momento en que han declarado el flamenco patrimonio de la humanidad, sorprende que ni las autoridades ni las instituciones se hayan hecho eco de la desaparición de Mario Pacheco, y que no les preocupe, ni remotamente, el porvenir de la debilitadísima producción discográfica española, en una coyuntura en la que las compañías independientes están hundidas hasta los cabellos luchando con los nuevos artistas emergentes contra el universo de las descargas de internet, mientras que las multinacionales esperan, flotando como veleros sobre el inmenso acervo de los derechos editoriales que detentan, a que acabe toda esta antigualla del disco objeto, para venderte uno virtual (sin coste alguno para ellos: todo margen y ningún riesgo) por el mismo precio. Y a ser posible sin producción ni derroches de imaginación: las novedades de la temporada ofrecen otro homenaje más a The Beatles con motivo de no sé qué aniversario, la edición remasterizada de unas cintas halladas en los Estudios Electric Ladyland, en las que se escucha con toda nitidez como tose Jimi Hendrix durante los ensayos, o las tomas de ultratumba de Michael Jackson y Amy Winehouse.

Desgraciadamente Mario ya no va a poder seguir abriendo semillas desde el corazón del sueño, como cantaba Camarón en “La leyenda del tiempo”. La vida sigue girando y el siguiente corte del LP, “Romance del amargo”, parece premonitorio del futuro que le aguarda a la creación musical del siglo XXI, con las multinacionales centradas en disputarse los derechos y canales de comercialización de canciones vaporosas que los oyentes bajarán directamente desde la nube de internet a los politonos de sus teléfonos móviles. –